

La nueva multipolaridad llega a América Latina

Oscar Raúl Cardoso

Hace unos días en Nueva York, el canciller chino Li Zhaoxing sentenció que la presente crisis económica "será profunda y prolongada" para beneficio de su interlocutor y colega argentino Jorge Taiana. Convengamos que la frase es casi un resumen de lo que se puede leer o escuchar de boca de los más variados analistas. Pero cuando proviene de alguien que habla en nombre de una de las grandes economías del planeta, el diagnóstico sombrío adquiere una dimensión diferente, que introduce al menos una pizca de hielo en la sangre. El jefe de la diplomacia del gobierno que encabeza Hu-Jintao pareció a su contertulio como un hombre que estaba cómodo con lo que podía prever del futuro para su país. Menos incentivadas sus arrugas por la presión del temor, como es fácil descubrir hoy en las fotos de muchos líderes occidentales. Es como si Beijing viese lo que sucede como la turbulencia inevitable en el inicio de un cambio.

En el curso de los últimos días Taiana pudo, por las circunstancias, completar una visión diferente de los efectos posibles de la presente situación. Ya en Buenos Aires recibió a Nikolai Patrushev, el hoy titular del Consejo de Seguridad Nacional ruso, un hombre que proviene -al igual que el primer ministro Vladimir Putin- del aparato de inteligencia ya que estuvo al frente del organismo que sucedió al antiguo KGB soviético, el Servicio Federal de Seguridad (FSB).

La del ruso es una presencia que pasó inmerecidamente subvalorada en la información, porque la misión de Patrushev es parte de la ofensiva político-militar de Moscú sobre América latina, uno de cuyos puntos centrales es defender la "inocencia" en las reciente crisis en Georgia. En términos generales el mensaje que trajo Patrushev puede traducirse en "estamos de vuelta" en el mapa de poder internacional. Este viaje parece parte de la misma trama que llevó a Venezuela dos bombarderos estratégicos rusos, la venta de armas en la región y que avanzará en los próximos meses con ejercicios militares venezolano-rusos y que llevó a Moscú a sondear la posibilidad de tener una participación en el futuro Consejo de Seguridad de América del Sur, un organismo que está promoviendo Brasil y en el que no participaría Estados Unidos.

Si uno se dejara atravesar por la urgencia de los símbolos, podría verse tentado a inferir de estos y otros hechos que parece haber en marcha el desafío más importante a la "Doctrina Monroe" de 1823 -ninguna potencia extracontinental se mezclará en los asuntos de las repúblicas americanas, consideradas zona de influencia exclusiva de Washington- desde los días del giro pro soviético de la revolución de Cuba en los años 60.

Hay una medida del orden internacional -Estados Unidos como la hiperpotencia planetaria- que surgió con fuerza después del colapso soviético que está crujiendo bajo el peso de los presentes y elefantiásicos problemas económicos.

El unilateralismo que venía como privilegio del liderazgo global se está volviendo disfuncional o, por lo menos, sale más caro de lo que los estadounidenses pueden y están dispuestos a pagar. Veamos un solo ejemplo. Estados Unidos tiene una deuda nacional de 10 billones de dólares -sí, diez millones de millones- y crece a razón de un promedio de 3.450 millones por día (esto es antes de comenzar a computar el costo del rescate financiero).

Un solo país tiene en sus cofres los "pagarés" de ese endeudamiento estadounidense: China. Es interesante notar aquí que la burbuja especulativa inmobiliaria que nos acercó a todos al precipicio económico se financió con créditos chinos. ¿Qué pasaría si Beijing quisiera pasar a otras posiciones? ¿O si decidiera que el dólar no vale lo que pretende el país emisor? Es improbable que algo así ocurra al menos en el futuro inmediato, pero la posibilidad habla

claramente de una vulnerabilidad en el liderazgo global de Washington que las guerras del presente y las épicas retóricas de George W. Bush contra el terrorismo ya no pueden disimular.

Por lo demás, una cierta visión del futuro se hace más notoria en las presentes circunstancias, la de la emergencia de China, Rusia e India como potencias cuanto menos regionales que desean marcar la cancha global y quizá un inevitable distanciamiento en la sociedad atlántica (Estados Unidos-Europa). No es una visión nueva ; economistas y expertos en relaciones internacionales, Henry Kissinger entre éstos , hace tiempo que vienen anticipando un mundo mucho más multipolar. La mayor diferencia en estos pronósticos está dada por los que ven en el futuro una declinación del poder estadounidense y los que no admiten esta última posibilidad. Pero la realidad hace que esta diferencia sea apenas teórica. Moscú, Beijing y Nueva Delhi han sufrido ya los primeros golpes de la crisis financiera, pero la mayoría de los diagnósticos coinciden en que están en mejores condiciones de soportar el vendaval conservando niveles aceptables -si no óptimos- de sus economías.

No es éste el momento más propicio para reflexionar sobre los posibles cambios en la estructura de poder mundial, preocupadas como están las sociedades por la evaporación de la riqueza, el ahogo del crédito, la amenaza del desempleo masivo y por la incierta duración de todo el fenómeno. Pero tampoco conviene hacer completamente a un lado aquella cuestión, porque sí, efectivamente, avanzamos hacia un mundo diferente cuya estructura va a sorprender. Y no siempre de modo grato.

Clarín, Buenos Aires, 21 out. 2008, Opinión, online. Disponível em: <<http://www.ee.clarin.com>> Acesso em: 21/10/2008.